

VIDA Y FUGAS DE MANUEL MUJICA LAINEZ

El autor de *Bomarzo*, *El Unicornio*, *El Laberinto*, ha estado en España. Se vino de Buenos Aires a bordo de un pequeño carguero que fue haciendo escalas en Túnez, Chipre y Siria. En Madrid dio una conferencia, en el Instituto de Cultura Hispánica, bajo el título de "Tendencias actuales de la literatura hispanoamericana", pero que en realidad versó sobre su propia vida, sin duda porque no es hombre interesado por lo que hacen sus contemporáneos, aunque sean sus colegas. De aquí siguió camino a Venecia y Atenas, donde volvió a embarcar rumbo a la Argentina.

Su aspecto es el de un antiguo funcionario colonial británico. Un pelo blanquecino, ralo, envuelve su cabeza de párroco rural. Ojos almendrados y oscuros, protegidos por unas cejas "pobladísimas, flecudas, voluntariosas", como las de don Nufrio de Bracamonde, uno de sus personajes. Pese a una cierta coqueta sofisticación, al parecer típicamente norteña —pañuelo al cuello, chaleco de cuero atravesado por una cinta, dos enormes camafleos en su mano derecha, con los que juega sin cesar—, la imagen de este caballero sesentón es más la de un maestro de pueblo agobiado por largos años de oscuro y mal recompensado trabajo que la del brillante autor de obras admirables, tal como nos la solemos forjar en nuestra imaginación antes de conocer al genio personalmente.

De ahí nuestra decepción cuando, al preguntarle por cosas en las que no gusta pensar y menos hablar, arroja sobre sí mismo una luz, en ocasiones irritante, que le disminuye considerablemente por relación a su obra, que era todo lo que conocíamos de él.

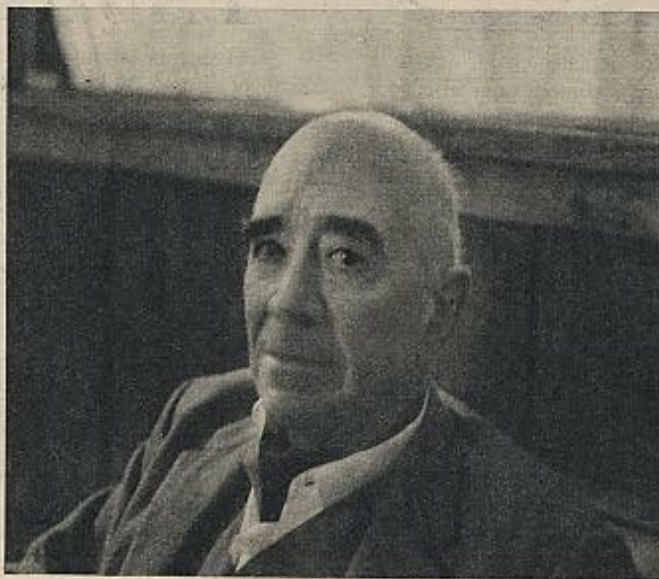
Lo encontramos a la defensiva. Nos reta a que le formulemos preguntas originales, que no le hayan hecho los cuatro entrevistadores que nos han precedido. Su displancia nos da a entender, al mismo tiempo, que tiene pocas esperanzas de que vayamos a lograrlo. Eleva una oración al cielo para que nuestra charla termine cuanto antes y se pueda volver a la cama —son las cuatro de la tarde— a reanudar la siesta interrumpida. Sin embargo, nos ha concedido la entrevista. Pero antes de comenzar nos advierte que no quiere preguntas ni sobre Borges ni sobre el boom de la novela sudamericana —temas que, por lo demás, no figuraban en nuestra agenda—. Al parecer, los cuatro entrevistadores anteriores no supieron o no quisieron omitir tan delicado y trascendental tema.

Cuando nos dejó, daba una gran impresión de cansancio.

—¿Qué papel asigna usted al escritor en el mundo en que le toca vivir, y más concretamente al escritor sudamericano actual?

—Estoy tan fuera de lo que son

las capillas, las reuniones, los consejos literarios, que no tengo ni la menor idea. Yo vivo aislado, no pertenezco a ninguna escuela, escribo sobre cosas que han transcurrido hace muchísimo tiempo, vivo al margen de la realidad. La realidad es en general fea. Soy un personaje nostálgico y lejano. De modo que, ¿cuál es el papel? Son tan distintos... El papel que ha representado Neruda es uno, el que ha representado Borges es otro... Hay comunistas cuyo sueño es ser embajadores, qué sé yo... Todos representamos papeles dis-



tintos, no tienen nada que ver. Yo soy en verdad un hombre muy, muy europeo, a pesar de que mi familia está en la Argentina hace tres siglos. Soy un hombre de formación europea. Estudié algunos años en un colegio francés; he estado en Inglaterra... Sin embargo, a diferencia de todos los grandes escritores sudamericanos de mi época, no soy un escritor que viva en Europa, que viva en París, como todos ellos. Yo soy un escritor que vive en la Argentina. No deseo vivir en otra parte. A diferencia de Cortázar, de García...

—Márquez —le apuntamos.

—... Márquez, los mejicanos; todos ellos viven en Europa. Yo, no. Borges, tampoco. Nosotros, que somos tan tachados de extranjeros y de vendidos a otras culturas, vivimos en nuestro país y hacemos allá nuestra obra. No se nos ocurriría irnos a vivir a otra parte. Yo soy muy feliz en la Argentina, tengo una familia muy larga, muy numerosa, tengo mucho que ver con aquello. Probablemente los Cortázar no tengan tanto que ver, para ellos será lo mismo entrar en la Unesco que en la Argentina. Ahora, que yo escriba desde allá sobre temas europeos y ellos escriban desde acá sobre

temas argentinos no deja de ser divertido, en efecto. Todos tratamos de hacerlo lo mejor posible.

—Háblenos de cuáles son sus raíces en la Argentina.

—Yo desciendo de españoles, vascos por línea paterna —de un pueblo llamado Villafranca de Oría— y andaluces —de Rota— por la materna. El primer Mujica y el primer Lainez fueron allá por mil setecientos cincuenta, y se casaron con mujeres que descendían de conquistadores o pobladores. Del lado paterno fueron una familia que siguió siendo muy

mi interior... Pero también puedo hablarles de mi padre, que era abogado, y que podría haber sido mi abuelo —habla mucha diferencia de edad entre él y mi madre—; nos llevó, a mi hermano y a mí, a París al colegio por esas cosas de la educación, y yo creo que también en buena parte porque era mucho más barato vivir en París que en Buenos Aires en aquella época, porque al cambio el peso argentino era una maravilla. Estamos hablando de los años veintitrés al veintisiete, cuando yo tenía de trece a diecisiete años.

Entonces nos volvimos a la Argentina, y yo empecé a estudiar Leyes, hasta que llegué a una asignatura, Política Económica, en la que me aplazaron, y que nunca fui capaz de superar. Entonces entré en el diario *La Nación*, donde había estado mi abuelo, y allí estuve hasta hace cinco años.

—Hablemos de "Bomarzo", para nosotros su mejor novela.

—No sé si será mi mejor novela, pero puedo asegurarles que me costó más escribir *El Unicornio*. En fin. Estuve en Bomarzo por primera vez no más de dos horas. Me fascinó y pensé que tenía que escribir sobre aquello. Compré libros y estudié al personaje. Eso es, por otra parte, lo que ha hecho recientemente una escritora suiza, que ha estado investigando muy seriamente al personaje, aquel Orsini que fue duque de Bomarzo. Ha hecho un estudio completísimo, pero puedo decir que su Bomarzo y el mío no tienen nada que ver. El mío es un ser atormentado que comparte conmigo sus torturas, su amor al arte, su ambigüedad, su misoginia, aunque no, al menos aparentemente, sus taras físicas. Con el tiempo he llegado a pensar que él fue una vida mía anterior.

—¿Qué opinión le merece a usted el peronismo?

—En un plano personal, el peronismo no ha hecho sino fastidiarme. Cuando Perón tomó el poder yo era director de un museo y Borges lo era de una biblioteca, y a los dos nos echaron. Para el país, el peronismo tampoco ha sido beneficioso. Antes de Perón, la Argentina era un país muy rico, serio y considerado. Ahora es un país pobre... en el que todos los días hay revolución, cosa que no había antes.

—¿Qué explicación tiene ese culto a los cadáveres que se da últimamente en su país?

—Ah, bueno, es muy, muy raro, pero no es una invención nuestra. Piensen ustedes en los rusos, en el cadáver de Lenin, que si flotaba, que si no flotaba... Eso por no hablar de ustedes los españoles, porque Juana la Loca era suya... Me dirán que fue mucho, pero eso sólo significa que la tradición de ustedes es más antigua.

■ JACOBO GARCIA BLANCO-CICERON.